

9 de octubre de 2022  
28° Domingo del Tiempo Ordinario Ciclo C



LECTURAS

**2 Reyes 5,14-17** : En aquellos días, Naamán de Siria bajó al Jordán y se bañó siete veces, como había ordenado el profeta Eliseo, y su carne quedó limpia de la lepra, como la de un niño. Volvió con su comitiva y se presentó al profeta, diciendo: —«Ahora reconozco que no hay dios en toda la tierra más que el de Israel. Acepta un regalo de tu servidor.» Eliseo contestó: —«¡Vive Dios, a quien sirvo! No aceptaré nada.» Y aunque le insistía, lo rehusó. Naamán dijo: —«Entonces, que a tu servidor le dejen llevar tierra, la carga de un par de mulas; porque en adelante tu servidor no ofrecerá holocaustos ni sacrificios a otros dioses fuera del Señor.»

**Salmo 97:** El Señor revela a las naciones su salvación. Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas: su diestra le ha dado la victoria, su santo brazo. El Señor da a conocer su victoria, revela a las naciones su justicia: se acordó de su misericordia y su fidelidad en favor de la casa de Israel. Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios. Aclama al Señor, tierra entera, gritad, vitoread, tocad.

**Segunda Carta a Timoteo 2,8-13:** Querido hermano: Haz memoria de Jesucristo, resucitado de entre los muertos, nacido del linaje de David. Éste ha sido mi Evangelio, por el que sufro hasta llevar cadenas, como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. Por eso lo aguanto todo por los elegidos, para que ellos también alcancen la salvación, lograda por Cristo Jesús, con la gloria eterna. Es doctrina segura: Si morimos



con él, viviremos con él. Si perseveramos, reinaremos con él. Si lo negamos, también él nos negará. Si somos infieles, él permanece fiel, porque no puede negarse a sí mismo.

**Lucas 17, 11-19:** Yendo Jesús camino de Jerusalén, pasaba entre Samaria y Galilea. Cuando iba a entrar en un pueblo, vinieron a su encuentro diez leprosos, que se pararon a lo lejos y a gritos le decían: —«Jesús, maestro, ten compasión de nosotros.» Al verlos, les dijo: —«Id a presentaros a los sacerdotes.» Y, mientras iban de camino, quedaron limpios. Uno de ellos, viendo que estaba curado, se volvió alabando a Dios a grandes gritos y se echó por tierra a los pies de Jesús, dándole gracias. Éste era un samaritano. Jesús tomó la palabra y dijo: —«¿No han quedado limpios los diez?; los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha vuelto más que este extranjero para dar gloria a Dios?» Y le dijo: —«Levántate, vete; tu fe te ha salvado.»





## LÍNEAS TEOLÓGICAS FUNDAMENTALES

### **LEPROSOS Y EXTRANJEROS SABEN DAR GLORIA A DIOS ¿Y NOSOTROS?**

El mensaje teológico que la Palabra nos ofrece este domingo está enmarcado por el tema de la curación de la lepra y la reacción de agradecimiento y reconocimiento del poder de Dios para sanarlos (1 Re y Lc). En el centro nos queda la 2 Tm que realza el sacrificio oblativo de Pablo a favor de los elegidos y la exhortación a la perseverancia y la fidelidad al Evangelio.

¿En qué forma se articulan las tres lecturas? Vayamos por partes. En primer lugar, conviene aclarar que, en la Biblia, de ordinario, las enfermedades poseen valencia simbólica, representan realidades espirituales que están clamando por la intervención salvífica y liberadora de Dios. Así, por ejemplo, la ceguera simboliza la incapacidad de discernimiento para discurrir por los caminos de la libertad hacia la plenitud; la cojera o invalidez simboliza la imposibilidad de iniciar el éxodo hacia la tierra prometida, etc.

En el caso de la lepra, ésta se consideraba el signo de la impureza interior, el castigo divino por las transgresiones y el leproso era condenado a la exclusión del seno de la comunidad salvífica de Israel y de la sociedad en general (dado el carácter teocrático de la sociedad israelita). El leproso era expulsado más allá de las murallas de la ciudad y obligado a vivir en las cuevas de las montañas, llevar un cencerro al cuello y gritar continuamente su estado de leproso para evitar que accidentalmente alguien se topara con él y se contaminara. La comida les era llevada al anochecer y se les dejaba fuera de las murallas para que los leprosos bajaran a recogerla. Cuando morían, su nombre era borrado de la memoria y de todo registro. Ser leproso era pues, ser un signo visible de la muerte, del oprobio y de la maldición divina. Si añadimos a ello que en aquel tiempo era



tipificada como lepra casi cualquier infección cutánea, entenderemos la cantidad enorme de leprosos que existían en aquellos tiempos y latitudes.

Los extranjeros tampoco eran muy bien vistos que digamos, eran considerados perros paganos, sin Dios y sin Ley, hijos de la perdición y condenados a los apretados infiernos por el simple hecho de ser extranjeros. Es cierto que la tradición profética mucho hizo hincapié en que la salvación de Dios era universal y que Israel había sido puesta en medio de las naciones para ser signo de Dios, luz que atrajera a los pueblos hacia la gloria inmarcesible de Dios, pero este tipo de enseñanza profética nunca fue del todo bien recibida y mucho menos aceptada por los líderes religiosos, que más bien cayeron en el exclusivismo fanático.

Pues bien, resulta que los leprosos curados en 1 Re y Lc, son también extranjeros, un sirio y un samaritano. La situación no podía ser más terrible para ellos. Pero a Dios no es que le interese mucho que digamos la "pureza" ritual y sí que le importa la salvación del hombre al que sus propios hermanos han excluido y condenado a la soledad, la indignidad, al auto convencimiento de que se es repulsivo a los ojos de Dios. ¿Qué le queda a un hombre si la realidad última y fundante le declara un desecho miserable y repulsivo a sus ojos?

Que los hombres te excluyan es dolorosísimo, pero soportable...que Dios te excluya resulta intolerable, la desesperanza se apodera del corazón, no hay nada más que hacer, la muerte aparece como el único horizonte de resolución. Es en este contexto que aparece la acción misericordiosa de Dios que rescata al marginado y le reintegra totalmente limpio –declarado limpio por el mismo Dios- a la sociedad. Nosotros, discípulos de Jesús podemos –y debemos- hacer el esfuerzo por integrar, acoger, luchar contra cualquier forma de marginación. Este esfuerzo es una de las actitudes principales de nuestra vida cristiana.

Entonces nos pareceríamos a Jesús que acoge todos, que integra, que no margina a nadie, que con todos habla, con todos se sienta y dialoga, que no tiene miedo de frecuentar las malas amistades porque a todos ofrece el reino, la presencia viva del amor de Dios que quiere sentar a todos sus hijos e hijas en torno a la única mesa del banquete de la vida, sin excluir a nadie, sin que nadie, por ninguna razón, se quede fuera.

Pero hay otro tema en estas lecturas que también es importante para nuestra reflexión y para llevarlo a la práctica en nuestra vida cristiana. Es el agradecimiento. Naamán, el sirio, se siente curado y de su corazón brota la necesidad de volver a presentarse ante el profeta y ofrecerle un regalo, un signo no sólo de lo bien que se siente sino de su reconocimiento a lo que el profeta ha hecho por él. La respuesta del profeta le lleva a darse cuenta de que ha sido Dios mismo, su gracia, su fuerza, quien ha obrado el milagro. Y a él se vuelve agradecido; en adelante no reconocerá a otro Dios más que al Señor. Naamán se ha dado cuenta de que la vida, y todo lo que ella conlleva, es don de Dios.



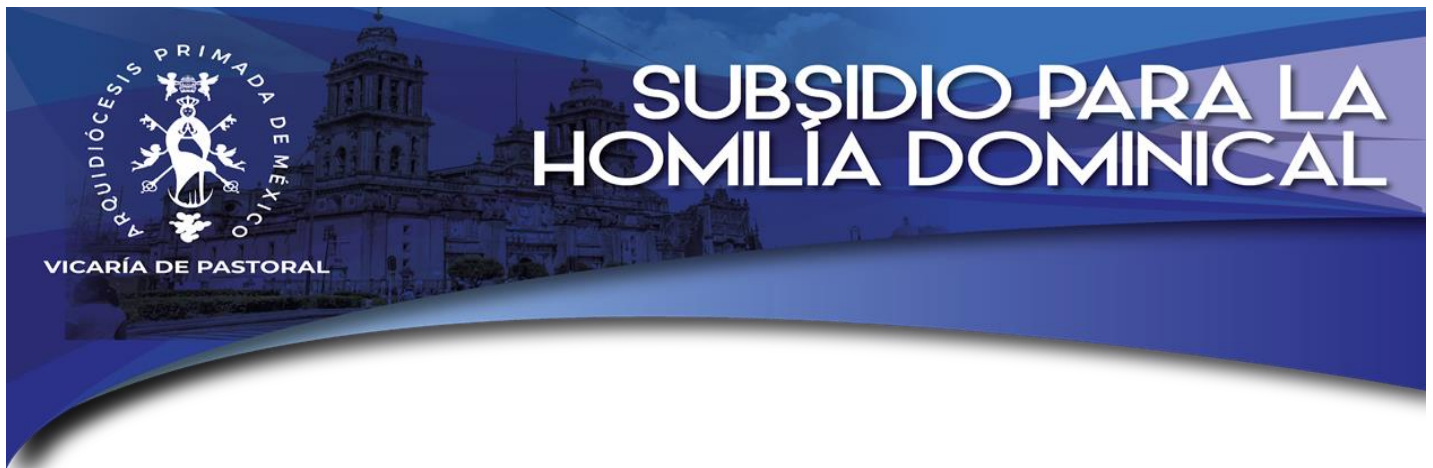
Lo mismo se puede decir del leproso, solo uno de los diez, que vuelve a Jesús para darle gracias. Ha experimentado igualmente que su curación ha sido un don gratuito de Dios, que le ha recreado y le ha devuelto a la vida, a la sociedad, a ser una persona como los demás. Dice el evangelio que volvió "alabando a Dios a grandes gritos". Debía pensar que Jesús era un gran profeta pero su punto de referencia estaba centrado en Dios, el creador, el todopoderoso, que en lugar de destruir y aniquilar se goza en regalar vida y esperanza, amor y misericordia. El mismo Jesús lo confirma en sus palabras finales. Este leproso es el único que ha vuelto "para dar gloria a Dios". Ante él, ante Dios, no hay pago posible. No se pueden comprar los dones de Dios. Sólo queda la acción de gracias, vivir agradecidos.

Es así como el autor de la segunda carta a Timoteo inserta las características de una vida eucarística, es decir, un modo de vivir que testimonie la salvación recibida: Morir con él (dar la vida en servicio y rescate por los demás), perseverar (mantenerse en la buena lucha del amor entregado)-, ser fiel (permanecer adherido existencialmente a Jesús) para así vivir y reinar con él. Menos de esto es renunciar a lo que hemos sido llamados y para lo cual Jesús derramo su sangre, es conformarse con la mediocridad de una vida gris, una vida que paradójicamente es negación de la Vida.

Y para concluir, las últimas palabras de Jesús. La salvación no es fruto del milagro. El milagro es la acción de Dios que transforma a la persona. Pero la salvación no se produce automáticamente. Necesita de la colaboración de la persona. Necesita que la persona acoja la acción de Dios y reconozca en él al que le ha dado la vida y todo lo que tiene. La salvación se produce en esa misteriosa complicidad entre la acción de Dios y la respuesta de la persona. Ahí brota la fe y la salvación. Ni es solo acción de Dios ni es solo fruto del compromiso o esfuerzo humano. Son los dos, Dios y cada persona, mano a mano, los que obran la salvación.

Los leprosos extranjeros supieron dar gloria a Dios, ¿qué se dirá de nosotros cuando se nos examine en el amor?

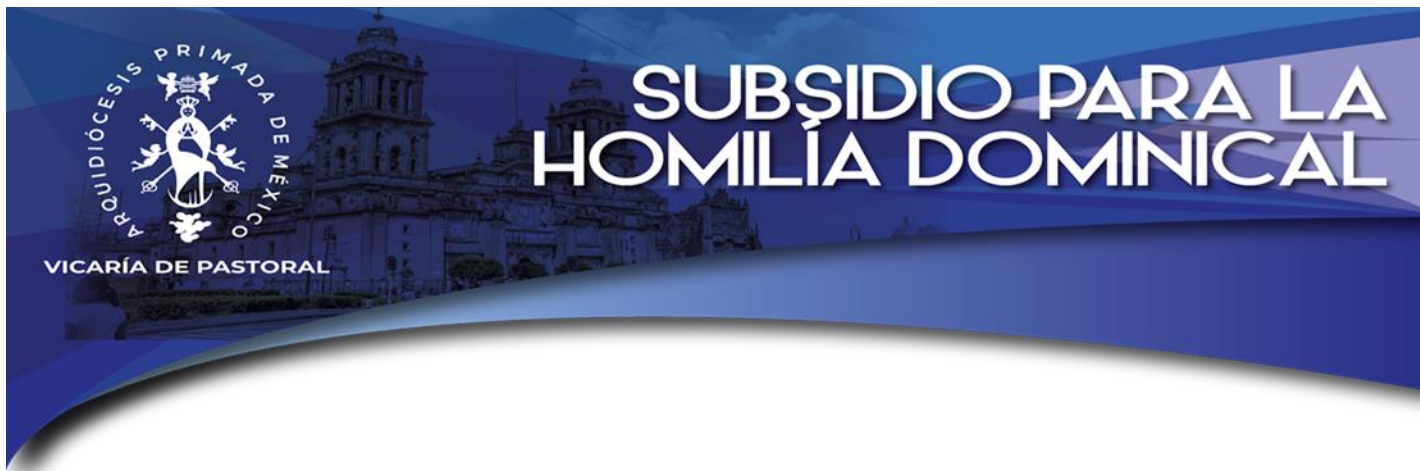




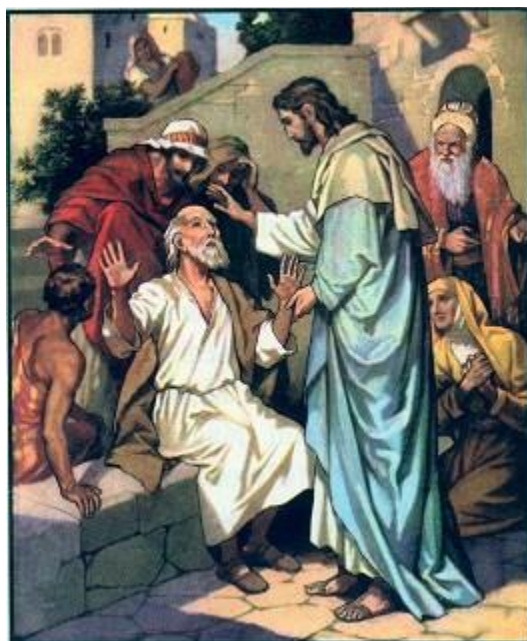
## SUGERENCIAS PRÁCTICAS DE APLICACIÓN ESPIRITUAL

- El general sirio Naamán al ser sanado de la lepra por la gracia de Dios mediante la intervención de Eliseo, se rinde ante Dios y se convierte a la fe israelita. En cambio, 9 de los 10 enfermos a los que sanó Jesús fueron ingratos y solo un samaritano volvió para dar gloria a Dios.
  - ✓ ¿De qué "lepras" (pueden ser pecados, vicios, malas actitudes, egoísmos, rencores, etc.) te ha sanado Jesús?
  - ✓ ¿Qué consecuencias ha traído eso a tu vida?
  - ✓ ¿Cómo has respondido a esa sanación?
  - ✓ ¿De qué formas nuevas darás gloria a Dios por su acción liberadora en tu vida?





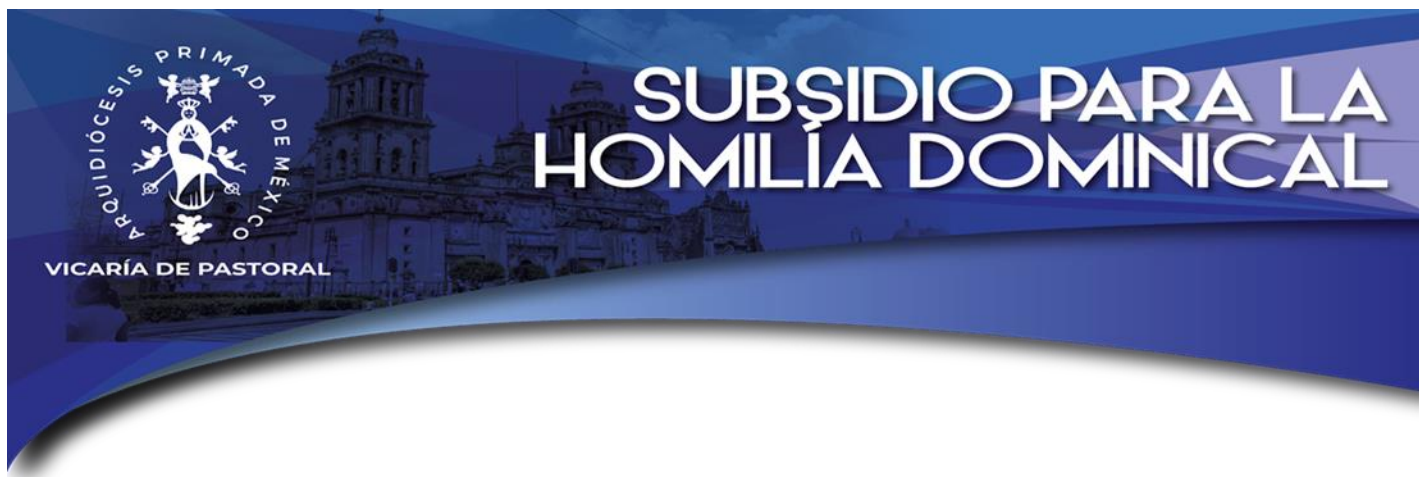
## **CANTOS QUE ILUSTRAN LA PALABRA**



**Te invitamos a orar y reflexionar con este bello canto:**

<https://youtu.be/0S0GHLxR4yw>





## **LA ENSEÑANZA DE LA IGLESIA**



**Lee la meditación del papa Francisco sobre la curación de los diez leprosos en:**

**<https://bit.ly/3rlod6Y>**







## **ECOS DE LA PALABRA DESDE LA DIMENSIÓN DE PASTORAL JUVENIL VOCACIONAL**

### **UNA FE AGRADECIDA**

Naamán era un hombre rico y extranjero que se enfrentaba a una terrible enfermedad en el Medio Oriente: la lepra. Un leproso estaba condenado a una doble muerte: tenía que contemplar en su cuerpo, aún vivo, su propia destrucción y experimentar en vida el destino de la muerte corporal. El leproso, en aquellos tiempos, era arrojado de la sociedad y dejado a la intemperie.

El leproso era totalmente excomulgado de la comunidad, de su vida religiosa, de su familia y de su vida cotidiana. Su vida representaba un peligro para los demás, era asemejado como el portador de la muerte. En ese aislamiento estaba condenado a la soledad, la ruina y destrucción de la comunión con otros. La obediencia es lo que cura a Naamán: el baño en el Jordán.

San Lucas resalta el contraste de los nueve leprosos que no regresan y el que vuelve para dar gloria a Dios. La expresión "*tu fe te ha salvado*" es un elogio a un corazón agradecido. Expresa que la salvación es mucho más importante que la salud física. Todos han quedado limpios de su lepra, pero sólo uno ha sido salvado, porque ese reconoció a Jesús como El Salvador. Los beneficios que recibimos de Dios son signos de poder salvador y de su amor misericordioso, sin embargo, la falta de fe es una enfermedad más grave y profunda. El milagro que obró Jesús sobre los leprosos era para suscitar la fe, pero solamente uno fue capaz de salvarse.

La fe del leproso que ha regresado para echarse a los pies de Jesús es el ejemplo de la actitud auténtica de un hombre agradecido que reconoce la grandeza de Cristo. En él, la fe se convierte en amor agradecido y adorante. Esta fe le ha hecho experimentar la compasión de Jesús.

